

veremos. He aquí un símbolo: para el psicólogo moralista, el lenguaje de los astros es un jeroglífico que permite callar muchas cosas.

197. Nos engañamos completamente acerca de los animales de rapiña, y también acerca de los hombres de rapiña (por ejemplo, César Borgia); nos engañamos acerca de la naturaleza mientras queramos ver, en el fondo de estas manifestaciones monstruosas y tropicales una especie de «enfermedad», una especie de «infierno» innato: si son precisamente los más sanos y los más «vivos»! digan lo que quieran los moralistas.

Los moralistas aborrecen los bosques vírgenes y los trópicos. Calumnian á los hombres tropicales, llamándolos degenerados. Y ¿por qué así? ¿Acaso en favor de las «zonas templadas»? ¿En favor de los hombres moderados? ¿De los hombres morales, de los mediocres?

He aquí otra observación para el capítulo *La moral como forma del miedo*.

198. Todas estas morales que se dirigen á los individuos con el fin—dicen—de procurar su «felicidad», ¿qué son en el fondo sino consejos acerca del modo de defenderse el individuo contra sus propios instintos? Recetas contra sus pasiones, contra sus inclinaciones buenas ó malas, cuando estas quieren dominar y hacerse señoras; juicios más ó menos convencionales; artificios que huelen á remedio casero y á sabiduría de viejas; todos ellos barrocos é irracionales en la forma, porque se dirigen á la «universalidad», porque generalizan donde no se debe; todos ellos incondicionados y absolutos; todos ellos condimentados, no ya con un

solo grano de sal, sino con multitud de especias, sobre todo del otro mundo, que los hacen insoportables; todo esto, medido con el entendimiento, vale bien poca cosa, y no puede llamarse «ciencia» y menos aún «sabiduría», sino solamente astucia, astucia, astucia, junta con imbecilidad, imbecilidad, imbecilidad, ora se trate de aquella indiferencia ó frialdad marmórea que aconsejaron los estoicos contra la ardiente locura de las pasiones; ora se trate del «no reír ni llorar» de Spinoza que predicaba la destrucción de las pasiones mediante su análisis y vivisección; ora se trate de reducir las á un término medio que permita satisfacerlas, como enseña el aristotelismo de la moral; ora se trate de satisfacerlas diluyéndolas y haciéndolas espirituales por medio del simbolismo del arte, por ejemplo, de la música, ó por medio del amor de Dios y del hombre por Dios (porque también en la religión tienen las pasiones derecho de ciudadanía, con tal que...); ora se trate, finalmente, de dar un fácil abrazo á las pasiones, como enseñaron Hafiz y Goethe, llevándolas á rienda suelta, *licentia morum* disculpable en viejos originales y de buen sentido ó en locos borrachines «en los cuales el peligro es mínimo».

He aquí otra observación para el capítulo *la moral como forma del miedo*.

199. Desde que hubo hombres hubo rebafios de hombres (familias, ciudades, tribus, pueblos, estados, iglesias), y siempre fueron en número incomparablemente mayor los súbditos que los gobernantes, de manera, que la obediencia ha sido muy ejercitada entre los hombres, y hay razón para admitir que con nosotros nace la necesidad de la obediencia como una conciencia formal que predomina: «debes hacer ésto

incondicionalmente», «debes omitir aquéllо incondicionalmente», y siempre «debes», «debes». Tal necesidad trata de saturarse y de buscar un receptáculo de su forma. Y para alcanzar esto, absorbe con todas sus fuerzas, llena de impaciencia y de tensión, sin discernimiento, con hambre canina, todo lo que le sugieren los que mandan: los padres, los maestros, las leyes, los prejuicios de clase y de la opinión pública. La extraña pequeñez del desarrollo humano, la vacilación, parada, retroceso y círculo vicioso que acompañan á tal desarrollo, todo esto halla su explicación en el hecho de transmitirse por herencia el instinto de obediencia mejor que todos los demás y á expensas del arte de mandar. Imagínese que este instinto heredado avance hasta sus últimas consecuencias, y se comprenderá que por fin faltarán hombres dominadores é independientes; ó bien éstos tratarán de hacerse ilusiones para obedecer á ellas. Como sucede hoy en Europa: yo lo llamo hipocresía moral de los gobernantes. No saben descargar el peso de su mala conciencia sino pasando por ejecutores de órdenes antiguas ó venidas de lo alto (de los antepasados, de la constitución, de las leyes ó de Dios); ó bien tomando prestadas sus máximas de la opinión pública y jactándose de ser «los primeros ministros del pueblo» ó «instrumentos del bien público». Por otra parte, el hombre social se imagina ser la única manera lícita de hombre, y glorifica sus cualidades de ser doméstico pacífico y útil á su rebaño, como si estas fuesen las únicas virtudes verdaderamente humanas: la sociabilidad, la benevolencia, el respeto, la diligencia, la sobriedad, la modestia, la indulgencia, la compasión. Y cuando no se puede pasar sin un manso, sin un jefe, se hacen tentativas para sustituir á los verdaderos gobernantes

con un grupo sagaz del rebaño; tal es el origen de todas las formas de gobierno representativo.

¡Qué felicidad, qué redención de una opresión insostenible es para los rebaños europeos la aparición de un individuo que manda en absoluto! Pruébalo el inmenso éxito de Napoleón, gran testimonio de mis afirmaciones: la historia de la influencia de Napoleón es casi la historia de la mayor fortuna á que haya llegado nuestro siglo en sus momentos más preciosos!

200. El hombre de una época de disolución, en la cual se confunden las razas, llevando en sí la herencia de múltiples orígenes, es decir, impulsos y juicios de valores contrarios, y á veces más que contrarios, los cuales están en continua lucha y casi nunca se dan tregua; un hombre de tal civilización, será de rechazo más tarde un hombre débil; deseará la cesación de la guerra; su felicidad (y aquí están de acuerdo el epicúreo y el cristiano) consistirá en el reposo, en la imperiturbabilidad, en la hartura final, que sería «el sábado de los sábados», para hablar con el retórico San Agustín, uno de estos hombres. Mas cuando el contraste y la guerra obran en tal carácter como un atractivo y aguijón de la vida, y, por otra parte, á sus impulsos potentes é inexorables va unida también por herencia la verdadera maestría y finura en el arte de guerrear, entonces surgen aquellos hombres enigmáticos é incomprensibles predestinados á la victoria y á la seducción, cuya expresión más hermosa fueron Alcibiades y César (y para mi gusto, Federico II el Grande), y entre los artistas, quizá Leonardo de Vinci. Estos aparecen en aquellas épocas en las cuales ocupa la escena el tipo débil susodicho; ambos tipos se completan, y se derivan de las mismas causas.

201. Cuando la utilidad que se tiene en cuenta al apreciar los valores morales no es otra que la utilidad social; cuando lo inmoral se identifica con lo dañino á la comunidad; mientras esto suceda, no puede haber una moral del «amor del prójimo». Suponiendo que ya exista cierta cantidad de respeto, de compasión, de equidad, de bondad, de ayuda recíproca, y que ya en este estado de la sociedad se hallen en actividad todos los impulsos que más tarde serán honrados como «virtudes», y que casi coinciden con el concepto «moralidad», en aquella época no pertenecen todavía al reino de las apreciaciones morales, son todavía *extra-morales*. Así, por ejemplo, un acto de piedad en los mejores tiempos de Roma no era llamado bueno ni malo, moral ni inmoral, y si acaso es tenido por laudable, va esta alabanza mezclada con desprecio siempre que se compara este acto con otro que favorezca á la comunidad, á la *res pública*. En último análisis, el «amor del prójimo es siempre algo accesorio, y, en parte, convencional y arbitrario, en proporción del miedo al prójimo. Cuando la contextura de la sociedad está firme y asegurada contra los peligros externos é internos, este miedo del prójimo crea nuevos puntos de vista de los valores morales. Ciertos impulsos potentes y peligrosos, como el espíritu de empresa, la temeridad, la venganza, la astucia, la rapacidad, la ambición, impulsos que antes eran útiles al bien público, y que no sólo se honraban, si que también se alentaban y favorecían (como necesarios en el común peligro), luego se tienen por doblemente peligrosos—pues que ya no hay válvulas—y poco á poco se van timbrando con el sello de la inmoralidad, y se les va entregando á la calumnia. Y entonces son tenidos por morales los impulsos é inclinaciones contrarias; el ins-

tinto del rebaño deriva poco á poco sus consecuencias. Si es más ó menos dañoso al bienestar común, si pelagra con ellos la igualdad de todos; he aquí ahora el punto de vista moral; he aquí cómo el miedo viene á ser padre de la moral. Los impulsos más elevados y prepotentes, realzando al individuo por encima del nivel medio del rebaño, quitan á éste el sentimiento de su propia independencia, la fe en sí mismo; rompen, por decirlo así, la columna vertebral de la sociedad; por eso son manchados de infamia y de calumnia tales impulsos. En toda espiritualidad independiente, en toda voluntad autónoma, en toda inteligencia elevada, se presiente un peligro; todo lo que realza al individuo por encima del rebaño y hace temer á los demás, se llamará en adelante «malo», y los sentimientos de equidad, de modestia, de orden, de igualdad, de mediocridad, obtendrán honores morales. En una palabra, en condiciones pacíficas, cesa la ocasión y la necesidad de educar los sentimientos para el rigor y la aspereza, y entonces cualquier rigor, aunque sea el de la justicia, turba los ánimos; la aspereza aristocrática é independiente ofende y engendra desconfianza, y el «cordero» y la «oveja» ganan en estimación pública. En la historia de la sociedad pueden llegar á tal punto la relajación y afeminamiento, que la sociedad interceda por los que la hacen daño, por los delincuentes. *Castigar y deber castigar* mete miedo. «¿No basta hacerle *incapaz* de repetir el crimen? ¿Para qué, pues, castigar? El castigar, ¿no es de suyo una cosa terrible?» He aquí las últimas consecuencias de la moral del miedo. Si se pudiese eliminar el peligro mismo, que es causa del miedo, con esto sólo se eliminaría esta moral; ya no sería necesaria.

Quien examina la conciencia del moderno europeo,

se verá obligado á sacar de los pliegues y escondites de su moral este mismo imperativo, el imperativo del miedo del rebaño: «*Queremos que algún día no haya nada que temer.*» El camino para llegar á este «algún día», llámase hoy en Europa «progreso».

202. Digámoslo una vez más: los oídos son hoy adversos á *nuestras* verdades. Bien sé cuán mal suena poner al hombre francamente, y no ya con parábolas, entre los animales; bien sé que se me imputará á *culpa* el haber aplicado constantemente á los hombres y á las ideas modernas las expresiones «rebaño», «instintos de rebaño», etc. Pero, ¡qué importa! No podemos hacer de otro modo: en esto precisamente consiste nuestro nuevo modo de ver las cosas. Hallamos unánime á la Europa en todos los juicios morales esenciales (comprendiendo en la palabra *Europa* todos los países en que predomina la influencia europea); en Europa se *sabe* con evidencia lo que Sócrates confesaba ignorar, lo que la famosa serpiente había prometido revelar, se *sabe* hoy cuál es el bien y cuál es el mal. Y por eso no gusta á la gente que insistamos en decir: que aquella cosa de nosotros que cree saber y que se exalta con las alabanzas ó con el vituperio y que á sí misma se declara buena, no es sino el instinto de rebaño, el cual se abrió camino á través de todos los demás instintos y alcanzó la supremacía, y crece continuamente en virtud de la asimilación fisiológica. «*La presente moral de la Europa es una moral de animales asociados.*» Se refiere, según la manera con que nosotros vemos las cosas, á una sola especie de moral humana, antes de la cual fueron y después de la cual *serán posibles* muchas otras morales más elevadas. Contra tal posibilidad pugna la moral de

hoy con todas sus fuerzas; dice y repite: «yo soy la verdadera moral y nada, fuera de mí, es moral». Si, es cierto, con la ayuda de una religión que se abandonó á los deseos más ardientes del animal de rebaño, que le aduló, llegaron las cosas á tal punto, que hasta en las instituciones políticas y sociales, vemos una clara expresión de aquella moral: el movimiento *democrático* va heredando al movimiento cristiano. Pero su marcha pareceles demasiado lenta á los impacientes, á los enfermos, á los monomaniacos de este deseo: demuéstranlo así los aullidos cada vez más furibundos, el rechinar de dientes cada vez más feo, de los perros anarquistas, que saltean en los caminos de la civilización europea. En contradicción aparente con los demócratas, que predicán paz y trabajo, con los ideólogos de la revolución, y con los filosofastros fundamentales de la fraternidad universal (que se llaman socialistas y quieren la «sociedad libre»), mas en realidad de acuerdo con todos ellos en el odio radical é instintivo á toda otra forma social que no sea rebaño *autónomo* (*ni Dieu ni maître* fórmula socialista); de acuerdo en la oposición tenaz contra todo derecho, contra todo privilegio del individuo, (es decir, contra todo derecho, porque en la igualdad universal serían inútiles los derechos); de completo acuerdo en la desconfianza primitiva (como si representase una violencia contra el débil, una injusticia contra lo que es consecuencia *necesaria* de las sociedades precedentes); de completo acuerdo en la religión de la compasión hacia todo el que sufre (desde Dios hasta los brutos: la exageración de la «piedad divina» pertenece á una época democrática); de completo acuerdo en el grito de protesta, en la impaciencia de la compasión, en el odio mortal á todo sufrimiento, en la incapacidad fe-

menil de soportar su vista; de acuerdo en el involuntario aniquilamiento y afeminación, que amenazan á Europa con un nuevo budhismo; de acuerdo en la moral de la compasión recíproca, como si fuese la moral por excelencia, la cúspide de la perfección humana, la única esperanza del porvenir, el consuelo del presente, la gran redención de las culpas del pasado; de acuerdo en la fe de una comunidad *redentora* del rebaño, de sí mismos...

203. Nosotros que tenemos una fe muy diversa; nosotros que vemos en el movimiento democrático una forma de decadencia de la organización política, una forma de decadencia del hombre, un rebajamiento de su valor hasta la medianía, ¿hacia dónde debemos dirigir nuestras esperanzas? Hacia *nuevos filósofos*, no hay otro remedio; hacia espíritus fuertes é independientes, que puedan impulsar á juicios de valor opuestos, reformar é invertir los *valores eternos*; hacia los precursores, hacia los hombres del porvenir, los cuales formarán desde ahora un nudo que obligue á la voluntad de los siglos á abrirnos nuevos senderos, y enseñarán al hombre, que su porvenir está en la *voluntad*, y que de su voluntad depende el preparar grandes empresas para poner término á la horrible dominación del contrasentido y del acaso, que hasta el día de hoy se llamaba «historia», sin exceptuar el contrasentido de las «mayorías». Para llegar á tal punto, será menester una nueva especie de filósofos y de gobernantes, en comparación de los cuales, todo lo que hubo hasta ahora en el mundo de espíritus misteriosos, terribles y humanitarios, no será sino una imagen pálida y borrosa. La visión de tales *condottieri* resplandece á *nuestros* ojos; ¿puedo decirlo francamente á

vosotros, espíritus libres? Las circunstancias que sería necesario crear en parte y en parte utilizar, para que tales hombres puedan surgir; los caminos y pruebas que eleven el alma á suficiente altura para comprender la extensión de tal empresa; la mutación de valores cuya nueva presión templase la conciencia y mudase el corazón en bronce para que soportara el peso de semejante responsabilidad; y, por otra parte, la necesidad de tales *condottieri*; el terrible peligro de que puedan faltarnos ó bien abortar y degenerar; he aquí lo que nos preocupa, lo que nos conturba, ¿no lo sabéis también vosotros espíritus libres? Estos son los graves pensamientos, las tempestades que atraviesan el cielo de *nuestra* existencia. Pocos dolores hay como el de haber visto, adivinado, sentido el extravío y degeneración de un hombre extraordinario; pero quien tenga los ojos abiertos al peligro común de que la humanidad misma degenera; el que conozca como nosotros la monstruosa casualidad que hasta ahora decidió de los destinos humanos (en los cuales nunca se mezcló la mano de Dios, pero ni siquiera un dedo); el que comprende la fatalidad que se oculta en la ingenuidad infantil, en la exagerada confianza, en las «ideas modernas», y aun en toda la moral cristiana; éste sentirá miedo en el corazón; por una parte abarcará con una mirada lo que *podría hacerse del hombre* por medio de una ordenada acumulación de fuerzas, y comprenderá, con toda la convicción de su propia conciencia, que en el hombre hay todavía muchas posibilidades, que ya otras veces el tipo «hombre» tuvo que hacer frente á nuevas decisiones, á nuevos senderos, saliendo vencedor; mas, por otra parte, sabrá también por doloroso recuerdo en cuán ridículos escollos naufragaron tantos seres, destinados á gran-

des cosas al nacer, y cómo se quebrantaron, se sumergieron, se ahogaron.

La degeneración universal del hombre, precisamente en el camino que los socialistas presentan como regeneración; este rebajamiento del hombre hasta convertirse en hombre de rebaño (ó, como dicen ellos, «en nombre de sociedad libre); el embrutecimiento del hombre bajo el estúpido nivel de la igualdad de derechos y deberes, es posible, ¿quién lo duda? ¡Mas el que ha reflexionado en esta terrible posibilidad, ha tenido que sentir una especie de náusea y vislumbrado quizá una nueva tarea!

CAPITULO VI

NOSOTROS LOS SABIOS

204. A riesgo que el moralizar sea aquí como siempre «mostrar sus llagas»—según la frase de Balzac—querría oponerme á una indebida y dañosa inversión de rangos, que inadvertidamente, y al parecer de buena fe, amenaza hoy manifestarse entre la ciencia y la filosofía. Parece que quien tenga *experiencia*—experiencia significa siempre triste experiencia—está en su derecho al tratar esta elevada cuestión, para no hablar como los ciegos de los colores, ó como las mujeres y artistas contra la ciencia. («¡Oh! ¡esta maldita ciencia! ¡Arrebatárlas su instinto y su pudor! ¡En todo se mete!») La declaración de independencia del hombre científico y su emancipación de la filosofía, es uno de los más sutiles productos del orden

y desorden democráticos; la propia exaltación y la presunción del sabio, florecen hoy y festejan su hermosa primavera. «¡Nada de dueños!» es el grito de los instintos plebeyos, y la ciencia, después de defenderse con éxito brillante contra la teología, cuya «servidora» fué por mucho tiempo, pretende ahora, con absurda arrogancia, dictar leyes á la filosofía y hacer de señora: quiere ser *filósofa*. En mi memoria—en la memoria de un hombre de ciencia, con vuestro permiso—surge ahora el recuerdo de muchas inocentadas orgullosas que acerca de la filosofía y de los filósofos sorprendí en la boca de jóvenes naturalistas y de viejos médicos (sin hablar de los más cultos y presuntuosos, de los filósofos y de los pedagogos que poseen aquellas dos cualidades, por obra y gracia de su profesión).

A veces era un especialista, un hombre de horizonte estrecho, que se ponía en guardia instintivamente contra todas las aptitudes sintéticas. Otras veces era un asiduo trabajador que había sentido olor de *otium* y de aristocrática vida muelle en la economía filosófica del alma, de lo cual estaba ofendido. Cuando era el daltonismo del utilitario, que no ve en la filosofía sino una serie de sistemas refutados en globo y un gasto inútil de sesos que á nadie «aprovecha». Cuando se revelaba el místico miedo de llegar á los confines del conocimiento. En alguna ocasión era que el menosprecio de un filósofo degeneró en menosprecio de la filosofía misma. Pero más frecuentemente hallé en los jóvenes de ciencia, bajo el orgulloso desprecio de la filosofía, el efecto deletéreo de las obras de cierto filósofo, al cual rehusaban también la obediencia, pero sin emanciparse del desprecio que había sabido inspirar contra todos los demás filósofos,